

V

Con la historia de Poza al fondo. Conversación con don Feliciano Martínez Archaga

Javier Urcelay
Jaime Urcelay

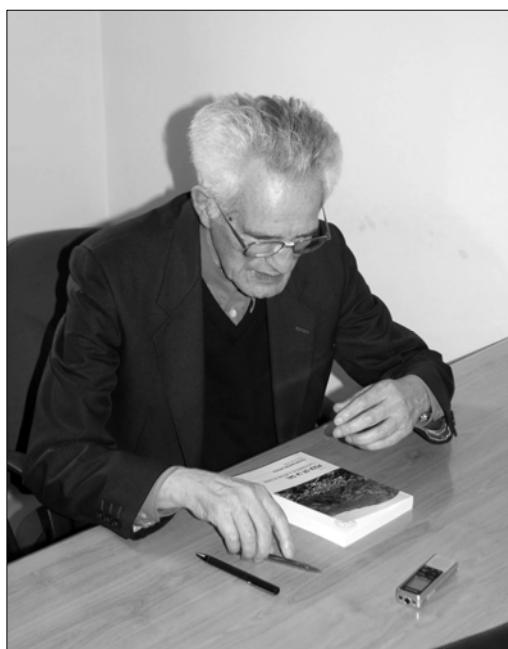


Introducción

La historiografía local tiene una deuda de gratitud impagable con los párrocos rurales. Gracias a su dedicación altruista y al amor a su feligresía —en la mayor parte de los casos de puntos distintos de sus propios lugares de origen—, muchos pueblos han visto escrita su historia y su patrimonio etnográfico y sus tradiciones han quedado recogidos en libros que, de no ser por la labor abnegada y silenciosa de estos hombres, no hubieran visto nunca la luz. Cubrieron el vacío de unas universidades que o no existían o no se interesaban por tales cosas, y sumergiéndose con paciencia infinita en unos legajos y archivos que distaban mucho de ser modelos de biblioteconomía, evitaron en muchos casos que se perdieran para siempre informaciones, datos y hechos del pasado que aún gravitan sobre el presente y seguirán gravitando sobre el futuro de tantos pueblos de nuestra geografía.

Los pueblos que se beneficiaron de esta la labor abnegada ostentan con orgullo estos libros de historia local como estandarte de su patri-

monio histórico y artístico, aunque con frecuencia pasen con rapidez al catálogo de los libros en vías de extinción por la dificultad de encontrarlos en los circuitos comerciales normales.



Don Feliciano Martínez Archaga en la primavera de 2010 con la reedición de su libro sobre la historia de Poza.

Poza es uno de estos pueblos afortunados, que desde 1984 cuenta con su *Poza de la Sal y los pozanos en la Historia de España*, la referencia indispensable para cualquier información sobre la larga y rica trayectoria histórica de la villa salinera. Su autor, don Feliciano Martínez Archaga, fue párroco de la misma durante veintiún años, dedicados todos ellos al servicio de las almas de los pozanos y también, como quedará claro en las páginas que siguen, a una labor estudiosa e investigadora que perdurará mucho más allá de su vida y hará que su nombre sea recordado por las generaciones futuras de pozanos. Por eso, pensando en esas futuras generaciones que no tendrán ya oportunidad de haberle conocido, parecía indispensable acercarse al autor y su obra, conocer la

personalidad de este prototípico cura rural y las circunstancias que le llevaron a realizar su historia de Poza.

Don Feliciano es un hombre mayor, un octogenario si hacemos caso del calendario, pero un hombre activo, que se mantiene al pie del cañón en el ejercicio de su ministerio sacerdotal, con plena conciencia de que se es sacerdote para siempre, mientras Dios le dé fuerzas. En sus rasgos físicos, es un hombre enjuto, de rostro en el que las aristas se marcan más que las curvas, de ojos excavados, pómulos huesudos y prominentes, barbilla angulosa, de voz sobria y recia, y con una gravedad que parece innata. Es en su propia imagen un castellano viejo de tierras altas de paramera, curtido de fríos que cortan la piel como una navaja, mimetizado con los sarmientos y los troncos pelados de los árboles en el crudo invierno, enhiesto como los castillos y las torres medievales, escueto como los arroyos que se abren paso entre desfiladeros y peñascos. Es hombre de pocos abalorios y adornos, más románico que barroco, de palabra que sabe a pueblo y decires que suenan como a cantar de gesta o mester de clerecía. Hablar con él es ya en sí encontrarse con un primer patrimonio a conservar, el de un lenguaje castellano que está hoy en trance de ser sustituido por la jerga de la tribu urbana y televisiva.



Don Feliciano con Jaime Urcelay el día de nuestra entrevista.

Queríamos hablar con don Feliciano para conversar acerca de Poza y su historia, para conocer el impulso que le llevó a escribir su libro y las circunstancias en las que acometió su tarea. Nos recibe puntual y dispuesto a la hora convenida en un pequeño local del complejo de la iglesia de San Martín de Porres de Burgos, que es ahora su parroquia. Nos presentamos, aunque ya nos conoce, y le pedimos permiso para grabar nuestra conversación para publicar más tarde la entrevista como parte de un libro que preparábamos y que el lector tiene ahora entre sus manos. Se trataba de algunas «Páginas de la historia de Poza», y don Feliciano tiene un lugar en ella por derecho propio.

Cabe advertir ya desde ahora que, frente a la tentación de mejorar el estilo para eliminar las deficiencias inevitables del lenguaje hablado, hemos preferido respetar las cosas que don Feliciano dijo y en la forma en que las dijo, con las correcciones mínimas indispensables. Perdemos calidad literaria, pero ganamos autenticidad. La forma de hablar es una parte inseparable de la personalidad, y nos parecía que recogerla tal cual era retratar con más fidelidad a nuestro personaje. Confiamos en su indulgencia y la inteligencia del lector para entender las diferencias entre el habla y la escritura, invitándole a que lea el texto como quien escucha sencillamente la misma conversación que mantuvimos.

—Don Feliciano, hemos traído la nueva edición de su libro para que nos lo dedique. Teníamos, por supuesto, la primera edición, pero hemos comprado también esta otra recién publicada y en la que no sabemos si hay algunos cambios o ha revisado el texto del primer original...

—El libro es el mismo que el anterior, salvo un breve prólogo que le ha puesto el alcalde. Revisarlo costaría mucho tiempo y no estaba en condiciones de dedicárselo. Aunque de vez en cuando surgen noticias... Últimamente, por ejemplo, salió el tema del castillo y no se cae en la cuenta de que al hablar de Poza hay que distinguir dos barrios. Por ejemplo, en el Castellar parece que estuvo la primera fortaleza. Los historiadores aluden a la cadena de castillos que ha puesto don Rodrigo para afianzar las conquistas realizadas y, sin distinguir dónde están, hablan de la fortaleza o el castillo de Poza del siglo IX. Pero hay que darse cuenta que el castillo de ahora no tiene nada del siglo IX; es del XIV o XV, lo menos.

Un autor con el que guardo muy buenas relaciones, Inocencio Cadiñanos, profesor por cierto en algún Instituto o Facultad de Madrid, ha

escrito algo sobre castillos, fortalezas y casas fuertes de la provincia de Burgos, entre ellos el de Poza, al que mete claramente en el siglo XIV-XV.¹

Lo que ocurre es que los historiadores, empezando por fray Justo Pérez de Urbel, en muchos casos no investigan sino que se dejan llevar un poco por su memoria y por eso dicen que el castillo de Poza es del siglo IX... Pero hay que referirse a otro castillo. Algunos nombres actuales lo reflejan todavía, como el Trascastro, el Castellar o Fuente Villa, que está a tres kilómetros de la villa actual. Son nombres que remiten a otra villa. Incluso hay un acuerdo por ahí... el Ayuntamiento que en algún momento se pone a que «...hay que conservar y restaurar, o por lo menos mantener, las ermitas». Entre ellas, la de San Millán «...de la que se tiene noticia de que es la más antigua y que fue parroquial en otro tiempo...». Estaba en la falda misma del Castellar. Aluden a ella dos veces o tres: «Es la más antigua y fue parroquial de esta Villa...».

—*Por organizar un poco más la entrevista, ¿puede usted contarnos algo de su vida, como dónde nació, cuál era su ambiente familiar, sus estudios...?*

—Soy de un pueblo de los Altos que se llama Porquera y nací el 2 de febrero del 1927, hace ochenta y tres años. Desde Poza al referirse a los pueblos de arriba del Páramo se les suele llamar «los pueblos del Butrón».

Era un pueblo pequeño; tenía cuarenta o cuarenta y cinco familias —o vecinos que se decía entonces—; creo que nunca llegó a cincuenta. Mi padre era un labriego de estos de esta tierra que supo currar mucho; mi madre también muy hacendosa, muy trabajadora.

Éramos ocho hermanos y yo era el segundo. Bueno, en realidad fui mos nueve porque una murió muy jovencita, cuando solamente éramos dos o tres. Desapareció prematuramente. Yo era, y sigo siendo, el segundo de los que quedan.

De los ocho todos viven, excepto la hermana que estuvo conmigo toda la vida y que se compenetraba con el quehacer de un cura, de un

¹ Se refiere a I. Cadiñanos, *Arquitectura fortificada en la provincia de Burgos*, Excma. Diputación provincial de Burgos, Burgos, 1987.

párroco, más que yo mismo. Allí no llamó nadie que no tuviera un puesto a la hora de comer. Se llamaba Teresa y era plenamente entregarse. Murió exactamente el año antes de dejar yo Briviesca, en el 97. Ahora en Burgos vive una hermana y en Bilbao los demás.

Mi padre trabajó de joven en Vizcaya en las minas de Somorrostro y tuvo un pequeño o grande accidente y estuvo en el famoso Hospital Minero de Gállarza.

—*¿Y usted estudio en el pueblo?*

—En los años de edad escolar me cogió la guerra civil por medio y cuando tenía trece años fui al Seminario. Yo debía haber ingresado con once años o a lo sumo doce, pero durante toda la guerra todo eso no funcionó normalmente y esperaron al año 40, que es cuando ingresé yo.

Fui a una Preceptoría, que era como un pequeño seminario para que aquellos que pudieran tener vocación a los estudios eclesiásticos en lugar de tener que desplazarse al seminario metropolitano tuvieran esa oportunidad. Allí estudié dos años. Estaba en Quintanilla Escalada, no sé si lo conocéis; si no es así es una pena, porque con Orbaneja del Castillo es uno de esos pueblos bonitos y pintorescos que hay que conocer. Es la zona de los cañones del Ebro, en Pesquera y por ahí.



Vista panorámica de Porquera del Butrón.

La guerra la pasé en mi pueblo. Allí tuvo poca incidencia. En el primer reemplazo a filas con Franco fueron de mi pueblo, fácilmente, dieciocho o veinte jóvenes. Mi familia no tuvo mayores incidencias. Mi padre y mi madre cuando oían hablar de ciertas cosas, los aires con los que venían algunos... Recuerdo que estaban entonces construyendo la carretera y entre los obreros había algunos izquierdistas y a lo mejor en la taberna nos enseñaban a cantar:

*Dicen que se muere el cura,
como si se mueren veinte,
cuantos más curas se mueran,
más pellejos para aceite.*

Y los chicos, entre ellos yo, a cantar eso a la puerta del cura... ¡Si lo sabe mi madre que estamos en la taberna escuchando todo aquello...!

Por eso cuando algunos de ahora se quieren hacer pasar por inocentes, como si no hubieran hecho nada... Los hubo que azuzaron todo lo que pudieron el anticlericalismo. Pero el cura de mi pueblo fue benigno y no quiso tomar revancha. Cuando triunfó el Movimiento lo primero que hicieron fue llevar a la cárcel, detener a aquellos que se consideraba sospechosos de pertenecer a los comités. Entonces a la hora de pedir informes al primero que le pedían era al cura que, en lugar de haber dicho otras cosas que hubiera podido contar, prefirió no echarle hierro a la cosa informando que eran buenas personas para que les dejaran tranquilos.

—Usted fue al seminario muy joven, ¿fue la suya una verdadera vocación religiosa o más bien un producto de las circunstancias?

—Respecto a mi vocación religiosa, mi madre yo creo que fue muy piadosa y alguna vez mientras estaba haciendo la tortilla o las cosas en la cocina me enseñaba la Salve. ¡Me sonaba aquella oración de esuchársela a mi madre! Me dejó impactado.

El primer día que fui a la Preceptoría me acuerdo de una noche en unas prácticas de piedad para la formación de los seminaristas. Aquellas preces últimas al acostarnos para pensar seriamente sobre el destino del hombre, me calaron tan hondo que me di cuenta de que aquello era muy serio. Luego no he tenido ni una duda, incluso cuando perdí los

años por razones de salud. En ese sentido para mí quizás el perseverar no ha tenido mucho mérito.

Después de dos años en la Preceptoría de Quintanilla Escalada pasé al Seminario Menor de San José en Burgos y luego al Seminario Mayor San Jerónimo, que es la Facultad de Teología.

—*¿Recuerda a alguna persona, compañero o maestro, que le influyera especialmente en aquella época, alguien que recuerde con especial cariño?*

—El ambiente de entonces era bastante positivo porque en el pueblo, a pesar de que era muy pequeño, fueron otros tres a esa misma Preceptoría. Se consideraba también por los padres una salida, pero a la vez una salida para la vida. Por ejemplo, los frailes han tenido tantos que han pasado por sus conventos y sus aulas y que luego se han retirado y han hecho un papel en la vida. A veces pasaban a la política... creo que Felipe González y Alfonso Guerra... Muchos de ellos sabemos que pasaron por algún noviciado o algún convento...

Si me lo hubiera permitido la salud hubiera ido al seminario de misiones extranjeras de Burgos. En tiempo de Pío XI, o antes, ya hubo un Gerardo Villota al que se le encargó que convenía fomentar las aspiraciones a misiones que podía haber entre el clero secular y entonces empezaron por construir un seminario de misiones que se llama IEME, Instituto Español de Misiones Extranjeras. Y esos, hasta que tuvieron profesorado propio, iban a nuestro seminario. Mi ilusión era haber ido a misiones pero mi salud no me lo permitía. Desde los diecisiete años sufría problemas digestivos, una gastritis crónica.

Me ordené el año 54 con dos años de retraso. Me mandaron a Orbaneja del Castillo, un pueblo muy bonito, pero al año siguiente de llegar contraje una pleura, parece que de etiología tuberculosa o algo así. Menos mal que entonces empezaban a emplearse la estreptomicina y los antibióticos, pero aun así eso me tuvo postrado diez o doce meses en el propio pueblo, siendo párroco de Orbaneja (1954-1956). Por cierto, me trajeron muy bien y cuando vuelvo por allí me siguen recordando todavía.

Estuve también convaleciente en casa de mis padres unos días o unos meses, convaleciendo, y me destinaron a un pueblo donde había minas de carbón, San Adrián de Juarros. Transportaban el carbón a Burgos en camiones. Allí estuve nueve años de párroco y sabiendo que

yo estaba flojo de salud tuvieron la deferencia de que no tuviera muchas complicaciones, que no tuviera más pueblos.

En el año 1966 fui a Poza hasta el 87. La parroquia de Poza en su tiempo pasaba por ser una de las parroquias de categoría.

—*Pero, ¿usted estuvo siempre solo en Poza, no es así?*

—Sí, siempre solo, en mi tiempo ya no había coadjutores. Mi predecesor en Poza fue don Modesto Sanz y antes había estado don José Urruchi, que estaba muy preparado y estuvo poco tiempo. No sé si coincidió con él don Melchor porque entonces en Poza funcionaba una preceptoría, la en tiempos llamada «cátedra de latinidad» a la que me refiero en mi libro y que tuvo su papel en su tiempo. Cuando estaba don Modesto estaba ya un poco en decadencia. Y este recuerdo va unido a algo que mucha gente no sabe: el nombre de calle del Dómine debe ser recuerdo en cierto sentido de que en alguno de los momentos debió estar allí la preceptoría en cuestión.

Al principio no tuve que atender más que Poza pero luego ya llegó un momento en que me adjudicaron el servicio de Llano de Bureba. Luego, como poco a poco los pueblos se hacían más pequeños y los curas no abundaban mucho, serví algún tiempo desde Poza a Padrones y Aguas Cándidas, en las Caderechas.

En Poza estuve hasta el 87, veintiún años.

—*Su salida de Poza, ¿fue porque ya se jubilaba?*

No. Después me mandaron a Briviesca porque había una parroquia vacante, la de Santa María la Mayor, que era Colegiata en su tiempo, y su ayuda San Martín, que así se titulaba. Aunque había dos iglesias era una sola parroquia. Allí estuve hasta el 96, nueve años.

Cerca estaba Santa Clara y como a la gente hoy no se le enseña más que una historia fundamentalmente negativa —que hubo Inquisición, que hubo señores feudales con derecho de pernada y todas esas cosas— no se habla de las cosas buenas que se hicieron.

Por ejemplo, los Velasco, los Manrique, los Rojas, etcétera, tuvieron mucho interés en que en sus fundaciones o en sus feudos hubiera alguna representación de la Orden de San Francisco, que irrumpió en la Edad Media como algo que traía aires nuevos y frescos. Por eso, por ejemplo, de los Rojas en Poza lo de San Bernardino y lo de Castil de Lences. Vas a

Medina —que era un feudo de los Velasco— y tienen lo de Santa Clara y San Francisco. Vas a Briviesca, pues lo de San Francisco...

Esa es la razón por la que donde ponían la mano los Velasco de ellos se decía:

*Desde que Dios fuera Dios
Y los peñascos, peñascos
Los Quirós eran Quirós
Y los Velasco, Velasco.*

Esas familias tenían un gran sentido de su dignidad.

Pero volviendo otra vez a mi vida, en el año 96 me trasladé a Burgos. Como mi hermana —que estuvo siempre conmigo— contrajo una enfermedad tipo canceroso y me dijeron que iba para largo e incluso llegó a tener metástasis y necesitaba ser asistida, el traslado que iba a pedir un año después lo pedí un año antes. Me vine a vivir a Burgos con otra hermana que atendió a la que tuve siempre a mi lado.

Desde entonces he estado en esta parroquia de San Martín de Porres y a la vez en la de San José Obrero, que había sido Seminario de Misiones, porque el párroco me conocía y me invitó a que dijera la misa de 12. Entonces estuve mitad y mitad.



Dolmen de Porquera del Butrón, pueblo natal de don Feliciano.

— | —

—Háblenos ahora de la idea de escribir su historia de Poza. Podemos imaginar que los largos inviernos, los muchos documentos a mano en el archivo parroquial y municipal contribuyeran a inspirarle la idea. Pero, ¿cuándo exactamente se planteó escribir una historia de Poza?

—Primero: la historia me gustó siempre bastante. Incluso cuando se habla en el libro de los dólmenes y demás, el dolmen del Butrón que sale en los primeros capítulos es de mi pueblo y justamente de al lado de una finca de mi padre. Cerca de mí estaba el cura de Oña, el fabriquero de la catedral de Burgos, también aficionado a estos temas. Para mí aquello, antes de que lo denunciara nadie, era un dolmen y tuvimos con otros compañeros la tentación de meternos a revolver y a investigarlo, pero reflexionamos un poco y lo dejamos así.

Eso por una parte, y algunas cosas curiosas que aparecían. Estando en Poza a la hora de darme un paseo me metería más veces entre las salinas y las piedras del Castellar y la Nevera y, en fin, leyendo cosas y todo eso... Fui andarín, recorrió mucho los campos de Poza. A mí no me preocupaba darme un paseo de 3 o 4 kilómetros, normalmente me gustaba siempre.

Y, por ejemplo, lo que llegó a decir Martínez Santa-Olalla del acueducto... En ciertos momentos, me da la impresión de que le vuela un poco la imaginación. Cuando habla de un acueducto que en el Valle de Valdélez y con 30 arcos y no sé cuánto... ahí yo pienso que pudo a lo mejor... contando con que, por otra parte, tuve muy buenas relaciones con él. Alguna vez su familia vino por Poza y preguntaron por el párroco. Mi hermana siempre estaba dispuesta a tratar bien a la gente. Volvieron a Madrid y no sé qué le dirían a él que me escribió diciendo: «termino de saber de usted. Mi familia viene encantada de no sé qué y de no sé cuántos. Desgraciadamente sus feligreses no viven tan interesados por la historia de ese pueblo. Es descorazonador el denuedo con que se lanzan a destruir esa joya que fue Poza».

No sé si sabéis que Ortega y Gasset cuando iba en dirección de Santander y demás, solía todos los años aprovechar para bajar por el Páramo, dejaba el coche en la última curva y luego se engolfaba por el interior de aquellas calles que para él eran...

—Lecturas, conversaciones, curiosidad por esto o por aquello... pero ¿hubo alguna persona con la que compartiera estas inquietudes por la historia de Poza? ¿O se trataba de una afición en la que estaba solo?

— Más bien. Recuerdo, por ejemplo que con el marqués de Lozoya, que fue director general de Bellas Artes, tuvieron mucho interés en su tiempo en declarar Poza bien de interés cultural, y tuvieron mucho interés en haber hecho grandes obras en Poza. Es el que hizo lo de Atienza, ayudó también mucho en lo de Frías... A Poza, si se la hubiera tratado como Dios manda, pienso que no desmerecería mucho de un Frías.²

—*¿Pero cuándo se plantea ponerse a escribir un libro?*

—Lo que digo, gente que visitaba el pueblo, que preguntaba o que hablaba de algunas cosas o que se interesaba por las cosas de Poza. Eso me hizo pensar en escribir el libro.



Restos romanos aparecidos en la zona de la Vieja en los desmontes
de la construcción del ferrocarril Santander-Mediterráneo.
Fotografía del profesor Martínez Santa-Olalla.

² Nuestro propio padre, Antonio Urcelay, desempeñó un importante papel entonces para que Poza fuera declarado conjunto histórico, poniendo en contacto al alcalde de entonces, José Luis Padrones, con el marqués de Lozoya. Por cierto, que tal declaración no fue en su momento bien recibida por algunos vecinos del pueblo, que veían en ella una restricción a la libertad de remodelación de sus casas.

Por ejemplo, fijaos, cuando en un pueblo se dice «hubo una ciudad romana», normalmente esos pueblos no se evaporan y siempre o ha quedado todavía el original, o las demoliciones del original han servido para construir los edificios aledaños. Por ejemplo cuando tiraron lo de Pedrjas, ¡la de piedras que salían con la marca de haber estado en «la Vieja»! (que es como se referían a la ciudad vieja). No sé si os habéis dado cuenta de que en la iglesia hay un ara funeraria, que me entregaron los Santa-Olaya, y hay una pila que era un ara ibérica que procede de la ermita de San Blas. Yo mismo la localicé y la traje. En la calle de las Procesiones, donde Felipe Quintano tenía el bar, las piedras de las mochetas son romanas y por tanto tuvieron que venir también de allí, ¿no?

Luego escribí también algunos artículos sobre las salinas en el *Diario de Burgos*. Ya después de llevar años en Poza. Incluso un maestro, casado con una sevillana, escribió un librito de unas cuarenta páginas, que tuve en mis manos aunque no se llegó a publicar. Cuando vi algunas afirmaciones que en él se hacían quise cotejar algunas cosas mirando en los archivos del Ayuntamiento, y encontré cosas muy interesantes.

Por ejemplo, lo que tuvo que hacer para los transportes de mercancías a puerto para llegar a Flandes. O los cuerpos de ejército que había que mandar de aquí para allá. En una ocasión se dice que vienen de Flandes derrotadas hasta 33 compañías, que vienen a invernar a tierras de la Bureba por deseo de Felipe II. Las mandaba un tal don Tello Rodríguez de Guzmán. En Pesadas se hace el reparto y a Poza se le atribuyen dos compañías que van a estar desde principios de noviembre todo el invierno. Los de Poza ponen el grito en el cielo, porque había que acogerlos, y en esta casa dos, y en esta uno, y en aquella otros dos... El pueblo va a ver a aquel señor y le dicen que no puede ser, porque aquí hay unas salinas que producen para la Hacienda Real, y que se va a marchar la gente y va a perjudicarlo. Les contestaron que eran órdenes de arriba, y que fueran si querían al Aposentador, pero que había que hacerlo así. Y hay una cosa curiosa: ¿por qué se hace el reparto desde Pesadas? Este pueblo queda en plena carretera de Burgos, por donde Hontomín, Villarta, La Mazorra... En Pesadas se junta la carretera que viene del mar desde Laredo y otra carretera que viene desde Santander por el Escudo. Allí se ve que se juntaron los unos con los otros y por eso llegados a Pesadas hicieron el reparto.

—*¿Todo eso lo encuentra usted en el archivo municipal?*

—Sí, había cosas curiosas. Como cuando pasan los reyes en viaje de Felipe II. Dicen que hay que prepararle alojamiento a los reyes. ¿Y para prepararles alojamiento qué hacían? Pues les vienen cincuenta, o cien o trescientas personas, y hay que buscar un sitio donde pueda alojarse la comitiva, luego para comer, para cenar, para hospedarse... Y a Poza le corresponden no sé cuántas docenas de puercos, no sé cuántas aves, colchones... Total, que son cosas curiosas y bastante apasionantes.

—*¿Usted cómo trabajaba? ¿Hacía fichas de cada materia?*

—Yo tenía un gran bloc e iba apuntando por temas: lo religioso aquí, lo de tal cosa en otro sitio...

—*Hay un aspecto que nos maravilla: usted prácticamente conoce de primera mano todos los libros que cita, libros que debían ser muy difíciles de conseguir o consultar desde Poza. ¿Cómo se las arregló para tener acceso a ellos?*

—Bueno, hay que dar gracias a Daniel Algidaga —y si le veis se lo decís de mi parte—, que era el secretario del Ayuntamiento y que cuando yo iba a mirar por el archivo incluso me dejaba llevar el libro que necesitaba a casa. Por otra parte, el archivo municipal de Poza es muy bueno. Aunque lo ordenaron después de haberlo manejado yo, estaba por orden. Debió haber un gran escribano en su tiempo, escribano del marqués. Y los párracos, que fueron muy competentes. Bueno, lo cierto es que para el manejo de aquellos libros y legajos el Ayuntamiento me dio facilidades.

En cuanto a los libros propiamente dichos, pues los consultaba en la Institución Fernán González, que antes estuvo en la misma diputación. Iba a la biblioteca de la Fundación. Viajé además mucho para encontrar cosas. Lo que se ha escrito en Madrid también se puede encontrar en Burgos, pero lo que está en manuscritos y en códices eso hay que buscarlo en su sitio. Tuve hasta un permiso para ir al Palacio Real por si era preciso para buscar, por ejemplo, la historia del teniente general Andrés Gutiérrez Vallejo, que era de la guardia de Corps y hermano del obispo de Palencia. Anduve buscando, que si estaría en Segovia, ¡qué sé yo! Me aseguraron que estaría en Palacio y me dieron un permiso para mí o para dárselo a alguien de Madrid y que se metiera allí.

También estuve en el Archivo Histórico Nacional, que está en Madrid en la calle Serrano. Sabéis que ese archivo se creó para ir guardando los archivos de todos los conventos que iban desamortizándose. Por eso a lo mejor hay en él cosas del convento de San Bernardino de Poza. También traté de ir allí, lo que ocurre es que uno que no está allí mucho tiempo no está familiarizado con las cosas. Fui también a la Chancillería de Valladolid. Llevé a un sobrino mío que había hecho licenciatura en Valladolid y a otra persona, y llegué y les dije: tú te pones por allí, tu trabajas por ahí y yo por aquí.

—*¿Cuánto tiempo tardó en escribir el libro?*

—Pues ya cuando me pongo, menos de dos años no estaría. Eso cuando ya tenía todas las notas recogidas, porque trabajando en todo esto, los veinte años que estuve en Poza. Porque cuando te metes, por ejemplo con el tema de las salinas, si os dais cuenta, donde en el libro pongo «Hacia un mapa arqueológico de las salinas», daos cuenta la cantidad de cosas que pongo por ahí. Por ejemplo, el sitio probable donde estaba el Priorato de San Tiuste —San Justo y San Pastor—, que era una dependencia de la abadía de San Pedro de Cardeña.³ Pues eso está pegado a la ermita de la Magdalena, entre la ermita y el almacén de sal. ¡Qué pena que no quedara el nombre allí, para haber puesto una cruz! Allí estaba el Priorato de San Tiuste que el conde García Fernández, hijo de Fernán González, le cedió en usufructo a su hija doña Urraca, que había hecho la fundación de Covarrubias. Y ya antes había pertenecido a San Pedro de Cardeña. Cuando fui allí y les dije a los monjes que era de Poza me dijeron: «¡Hombre, si allí había salinas de la abadía!».

Otra cosa curiosa en la que no todos han caído en la cuenta: hay en el mismo San Pedro de Cardeña, en el claustro que se llama de los Mártires, una lápida con una inscripción en la que se recuerda aquella masacre, de la que hablan las crónicas, que hicieron las tropas de Almanzor en el siglo X cuando entraron en el monasterio y mataron a no

³ El Priorato de San Justo y San Pastor fue fundado el año 1004 gracias a la munificencia del conde don García Fernández, según se hace constar en la *Crónica General de la Orden de San Benito* de fray Antonio de Yépes, quien ya en el siglo XVII señala que muchos de estos monasterios que dependieron de San Pedro de Cardeña «ya están olvidados y en los mismos pueblos no hay noticia de ellos».

sé cuántos. Fue una cosa tan sonada e impresionó tanto a los hijos de la orden benedictina que parece que hicieron esa inscripción de recuerdo en la que escribieron: en tal fecha, sucedió tal cosas y *allí* sucedieron los hechos y tal y cual.⁴ Ese *allí*, que en latín se lee *ibi*, quiere decir que esa lápida no era de allí, y hay quien se pregunta si no provendría de Poza, donde el monasterio tenía un Priorato (se llama así porque estaba bajo la autoridad directa de un prior y no del abad). Había otro priorato en Covaleda y otro en Pesquera.⁵ De uno de esos tres sitios pudo provenir, pero posiblemente esa lápida pudo estar en Poza. Los frailes de San Tiuste —del priorato de San Justo y San Pastor—, que eran de las Orden Benedictina, se sienten obligados a dejar memoria, en recuerdo de lo que ocurrió en San Pedro de Cardeña. Lo cierto es que allí los expertos se dan cuenta de que ese *ibi* de la inscripción no cuadra bien, que cuadra mejor si procediera de otro lugar.



Lápida epigrafiada en la pared del Claustro de los Mártires de San Pedro de Cardeña recordando la matanza de los frailes a la que se refiere don Feliciano.

⁴ La inscripción, que data de la segunda mitad del siglo XIII, señala que «En el año 834, el 6 de agosto, día de los Santos Justo y Pastor, fue destruida Cardeña y asesinados por la aceifa del rey moro doscientos monjes de la grey del Señor». La horrible matanza de sus doscientos monjes habría tenido lugar en el claustro, que en adelante se denominó de los Mártires para perpetuar la memoria de estos héroes de la fe de Cristo. Los hechos ocurrieron, sin embargo, en el año 934 y no en el 834, por lo que evidentemente en la inscripción falta una C en la numeración latina.

⁵ En la mencionada Crónica General de la Orden de San Benito de fray Antonio de Yépes se relacionan 37 monasterios, prioratos y eremitorios de distinto rango fundados en los siglos X al XII y dependientes del gran monasterio de San Pedro de Cardeña. Ignoramos cuántos de ellos subsistían en el siglo XIII —tiempo del que procede la lápida— y cuál sea la fuente en la que se basa don Feliciano para mencionar específicamente tres.

—*¿Tuvo la sensación de que se le quedaban fuera del libro otros muchos temas que no pudo abordar, o cree que su libro refleja todo lo importante acaecido en la historia de Poza?*

—Hay capítulos que están iniciados, pero que merecen ser ampliados, como vosotros habéis escrito sobre la acción de los guerrilleros en Poza contra las fuerzas de Palombini durante la Guerra de la Independencia.

—*En nuestra conversación se ha mencionado el convento pozano de San Bernardino. Recientemente el padre Uribe ha publicado la historia de la provincia franciscana de Cantabria —a la que perteneció San Bernardino—, y el padre Solaguren ha hecho lo propio sobre esta misma provincia seráfica en el siglo XIX. Pero lo que sorprende es que usted ya menciona a estos dos investigadores en su libro, que es muy anterior, ya se carteó con ellos...*

—Yo visité San Francisco de Nájera, donde tienen una casa los franciscanos. También os he mencionado a Inocencio Cadiñanos, que fue quien me puso en contacto con el padre Uribe.

En la historia de las órdenes religiosas pasa a veces que cuando han salido de las manos de su fundador y han pasado tres o cuatro siglos, pues a veces hay un apartamiento del espíritu inicial, y han venido entonces hijos de la misma orden que han pretendido su reforma, y en esa reforma, en el caso de los franciscanos, estuvieron Villacreces, fray Lope de Salinas...

—*¿Cree usted que San Bernardino estuvo en algún momento en manos de los Descalzos o Alcantarinos? Hay una nota en su libro que recoge una solicitud que al parecer hizo el ayuntamiento para que volvieran al convento «los antiguos moradores». Parecería dar a entender que quizás el convento hubiera pasado de la Observancia a la reforma de los Descalzos...*

—Bueno, pero en cualquier caso son familias de la misma orden franciscana. El pueblo tuvo siempre buenas relaciones con el convento y los frailes con la parroquia, en la que ayudaban muchas veces; pero en fin, a veces hay cosas y se recurre a los superiores para que manden gente más adaptada a las necesidades de Poza y esas cosas, pero nada más.

—*¿Revisó por completo el archivo de la parroquia o puede haber en él aún cosas por sacar a la luz?*

—Lo revisé bastante bien. Además, hubo un cura ante el que hay que descubrirse: Saturnino Díez Guitarte, el que escondió las joyas para que no se las llevaran los franceses, como cuento en el libro. Pues este cura a su vez, con ayuda de algunos coadjutores —de los que entonces había cinco o seis—, se puso a hacer el índice de los libros del Archivo Parroquial, lo que sería el Registro Civil de hoy; es decir, los de nacimientos, que son los bautizos, los de matrimonios y los de defunciones. Me parece que no llegó a hacerlos todos, pero lo de los libros de nacimientos sí. El índice llega hasta 1570 o algo así. Hay que tener en cuenta que el Concilio de Trento se convocó en 1545 y duró hasta el 1563. Luego los decretos que de él emanaron mandaban que se hiciera un registro de los sacramentos, bautismos sobre todo, para poder saber si alguien estaba bautizado o no. Por eso aunque antes quizás en algún sitio se hiciera, se hacía un poco por libre. A partir de Trento se da esta orden, y son esos tres libros: Nacimientos/Bautismos, Matrimonios y Defunciones. ¡El índice tiene tres tomos!

—*¿Existe algún otro libro o legajo en el archivo, o son estos realmente los únicos documentos?*

—Hay lo del archivo de las salinas, pero que estaba mezclado con el archivo del ayuntamiento. También el archivo del hospital, que está en el archivo parroquial, en un arca. Aparte hay esa cosa tan curiosa que no sé si conocéis, ¿habéis oído hablar de la expresión «te adelantas como los de Poza»? Pues resulta que hubo un cura, un tal Pedro López, que en el siglo XIV o XV deja sus bienes a una fundación para dotación de huertas, y el resto para el rescate de cautivos, que los reyes tenían encomendado a los Trinitarios y a la Orden de la Merced. Un rescate de cautivos no era cosa sencilla. Suponía primero tener la capacidad de fletar una nave que no fuera a la deriva, para no ir a esquilar y salir esquilado. Luego, hacer unas gestiones diplomáticas que los frailes de entonces —que tenían casa en Madrid, en Toledo, en Alicante, en Cartagena...— podían hacer bien, pero que eran difíciles y complicadas. Bueno, pues por difíciles que fueran, mis pozanos van y dicen que en adelante, cuando salga dinero de estas rentas pozanas para comprar un cautivo cristiano, ¡allí estaremos nosotros!, sin pasar por la Trinidad. Y cuando traían algún cautivo, hacían una gran fiesta y dejaban sus vestimentas en recuerdo colgadas en las paredes de la iglesia. ¡Cuando haya

que rescatar cristianos iremos nosotros a tierra de moros! Este capítulo es sólo una anécdota, pero verdaderamente refleja que aquellos tipos tenían una moral asombrosa.

—*¿La biblioteca que hay en el cuarto donde actualmente se encuentra el tesoro parroquial, es interesante?*

—No sé quién la dejó, creo que un cura que murió en Madrid, que la donó a la iglesia. Pero no era originaria de Poza, y no puede compararse su mérito, con unos libros que tenía alguien, al de un archivo.

—*¿Es verdad que detrás del actual retablo de la iglesia hay un retablo de piedra más antiguo?*

—Lo pongo en el libro. Hay unas yeserías góticas, que así se llaman, del siglo XIV o XV, y puedes entrar por detrás del sagrario. Allí pudieron estar formando retablo los cuadros que se guardan en la sacristía, uno de la Virgen y otro de... no recuerdo. Pero parece que proceden de allí y que llevaban relicario. También el sagrario que hay en el retablo de San Andrés habría estado allí. Daros cuenta de que eso era más antiguo, y que el actual oculta por detrás el primitivo.

—*Entre las personas que le ayudaron en su labor de investigación, ¿recuerda a alguien más en particular?*

—A Cadiñanos, a veces con una simple notita. El creía que el otro pueblo de Poza estaba inmediatamente detrás del castillo, en la parte del acceso. Yo le dije: aquí se llama Castellar, al otro lado Trascastro, hay una fuente que se llama Fuente Villa, me consta que las salinas de esa zona tenían una ermita que fue parroquia y se llamaba San Millán... Le di tantos datos que tuvo que darme la razón: «Se nota que has estado allí y has pateado aquello muchas veces», o sea, que no lo ponía ya en duda.

Pero fuera de él, no.

—*Conoció usted en pie alguna de las ermitas que hoy están arruinadas, o ya lo estaban entonces como ahora?*

— No, estaban ya más o menos en la misma situación que están a día de hoy.

—Bueno, menos la de la Magdalena, cuyo tristísimo derrumbe de su espadaña es muy reciente, en medio de la desidia e indiferencia general...

—¿Se ha caído? Yo creo que los delegados de cultura, cuando hablan de construir y construir, primero tendrían que afianzar bien lo que hay que conservar. ¿Y se ha caído la espadaña? ¡Era lo más noble que tenía!



En las fotos, la ermita de la Magdalena antes y después del tristísimo derrumbamiento de su frente y espadaña ocurrido en 2010, en medio de la general desidia.

—Hemos hablado de la Poza antigua de época romana, situada entre el cerro del Milagro y el río, donde está ahora la granja que aún se llama la Vieja, y de los trabajos de Santa-Olalla. ¿Estaba también allí la primitiva ermita de Ntra. Sra. de la Antigua?

— De la ermita de la Antigua desconocemos su localización exacta. Yo mismo dudo de si cuando se habla de San Marcos es la misma ermita que la Vieja o si se trata de dos distintas. Supongo que sabéis que la imagen de Nuestra Señora de la Vieja está en la sacristía.

En la zona aquella se han encontrado muchas cosas romanas y en la Vieja hay muchas estelas funerarias. En el Museo de Burgos hay un sepulcro que procede de allí, que fue usado como pilón en Pedrajas, y que se cree que puede ser del siglo III o IV. Hay también un brazo de bronce de una estatua, la cimera del casco y no sé qué más cosas.

—Y después de publicado el libro, ¿ha habido gente que le ha proporcionado nueva información? ¿Hay gente interesada por la historia de Poza?

—No. Recuerdo una persona que hace tres o cuatro años me pidió permiso para fotocopiar el libro, que entonces era ya muy difícil de encontrar en el comercio. Se conoce que al ir a fotocopiarlo le dijeron que necesitaba una autorización escrita del autor.

Hay otras cosas publicadas. Está el libro de Saiz —de la familia de los Aldama— sobre las salinas, pero que se centra sobre todo en la arquitectura, vamos a decirlo así, en cómo estaban las cañas, los vasos, los techos etc.

—Recuerdo que cuando yo era niño llegaron unas monjas a Poza y se instalaron en Pedrajas...

—Eran monjas del Divino Maestro de Buenos Aires. Cuando la misión de Buenos Aires estuvo por allí don Modesto y parece que las animó diciéndolas que Burgos era tierra de vocaciones y la Bureba también, y claro, lo era entonces, pero cuando después vinieron aquí con la idea de que iban a sacar vocaciones, se encontraron que ni una sola. Estuvieron efectivamente en Pedrajas y fue un desacuerdo también porque habiendo tenido un poco de imaginación y gusto para valorar lo que había, se habría hecho algo diferente a lo que se hizo. ¡Aquel edificio de ladrillos y aquellas cortinas al lado de una iglesia

medieval! Se tenía que haber adaptado la obra un poco a lo que había en Poza.

—*¿Mantiene el contacto con Poza? Alguna vez creo que le he visto por allí, comiendo en la fonda de Martín q.e.p.d...*

—Vamos a ver, primero hay una asociación de curas, de sufragios mutuos, que se llama Nuestra Señora de Pedrajas. Nos damos cuenta de que hay almas en el purgatorio, y todos necesitamos alguien que siga apoyándonos con sus oraciones cuando pase. Entonces los curas, pensando que quizás los nuestros no se iban a acordar, crean una asociación bajo la advocación de la Virgen de Pedrajas para ofrecer sufragios de los unos y los otros. Y esto lo solemos celebrar todos los años una vez con una reunión después de la Virgen de Pedrajas, a la que no suelo faltar.

Y luego por alguna fiesta también voy. O me llaman para dar una charla. ¿Os han dicho que soy socio honorario de la Asociación de las Salinas? Todos los veranos me llaman para dar una charla allí.

—*Esta asociación de Pedrajas, ¿lleva mucho tiempo?*

—Pues llevará tres o cuatro siglos! Hoy a lo mejor no se crearía, pero es cosa que lleva mucho tiempo y que hay que respetar. Era preceptivo que estuvieran en ella los curas que formaban parte del arciprestazgo, pero hoy con los coches y todo eso siempre hay alguien que se suele sumar, y nos juntamos como veinte o así.

—*Si usted tuviera hoy veinte años menos y la oportunidad de seguir trabajando en la historia de Poza, qué tema le apetecería más investigar o estudiar?*

—Bueno, pues hay muchos. Lo de la ciudad romana y demás creo que es una cuestión muy amplia: qué papel desempeñó esa ciudad romana en la conquista de los cántabros y qué rango tuvo en el sentido administrativo. Aunque es un tema que excede a los que yo puedo decir. Eso tendrían que estudiarlo historiadores profesionales. Ya sabéis que de Poza es Valentín de la Cruz, que es historiador, pero claro para ciertas cosas no basta ser historiador, sino tener la posibilidad de encerrarse en un sitio y venga, pim pam... Y claro, ¡yo no soy historiador!

Fray Valentín ha escrito muchos libros, sobre todo de divulgación. Sus textos deberían proponerse para el estudio del lenguaje. Una conferencia

suya se sigue con mucho interés. Pero claro, otra cosa es poder encerrarse a lo mejor dos años enteros con un tema, revisando documentos...

—*¿Conserva las fichas y apuntes que utilizó para la elaboración de su libro?*

—Sí, por lo menos lo principal sí. Y tengo también una colección de los gráficos, que guardo con un cierto interés, que me hizo un chico de aquí del Colegio Santo Tomás: el acueducto, la lobera... Los hizo un chico de aquí, que además es sordomudo.

—*Desde la aparición de su libro no se han publicado demasiadas novedades sobre la historia de Poza. Aparte del ya mencionado trabajo sobre el combate de Poza durante la Guerra de la Independencia, que amplía notablemente un tema del que hasta ahora sabíamos muy poco, quizás lo más interesante sea lo publicado hace relativamente poco en la revista Sautuola sobre el litigio que tuvo el alcalde de Poza por la aparición en 1806 de unos restos romanos, que al parecer el alcalde pretendía vender en Italia. ¡Es uno de los pocos episodios en los que su libro no fue por delante!*

—En 1806? No lo conocía, no tenía ni idea.



Don Feliciano con Javier Urcelay y Fernando Arnaiz, fundador de la Editorial DosSoles, tras la presentación del libro *El Combate de Poza* en el verano de 2008.



Lienzo bien conservado de la antigua muralla que circunscribía Poza. Don Feliciano ve en ello la prueba de hechos importantes que aconsejaron su construcción.

—Pues sí, y el incidente —muy documentado en los archivos de la Real Academia de la Historia— tiene su importancia porque es la primera vez que se aplica la Real Cédula que impide la salida de España de restos arqueológicos. Es curioso que la primera aplicación sea precisamente en Poza. Hay toda una correspondencia entre la Real Academia de la Historia y el alcalde, en la que se le piden todo tipo de datos. El alcalde sostiene la idea en sus cartas de que en Poza estaba ni más ni menos que la antigua capital de Cantabria, para lo que apela a antiguos historiadores que así los habrían consignado.

—Hombre, Cantabria muy metida en Castilla sí que estaba. Esa capital podría ser Amaya o algo de esto.

Todo el tema romano en relación a Poza es un tema importante. Como también la época medieval, cuando se crea el nuevo barrio de Poza en el emplazamiento actual. ¡Qué simplemente se despache diciendo que es una de las poblaciones que el rey no sé cuántos dio a no sé quién...cuando se han hecho unas murallas! Yo creo que la construcción de murallas en una población da mucho juego, que han tenido que ocurrir cosas importantes para que se hagan. Pienso que en los archivos de los señores y luego marqueses de Poza y de Rojas debería

haber cosas. Parece que los Rodríguez de Rojas tuvieron un punto de apoyo importante en Palencia. Allí están sus estatuas orantes en el convento de San Pablo. Parece que se hizo una tesis doctoral sobre el papel de ellos, pero no pude obtener más datos. Sabéis que la inquisición pasó por la piedra a alguno de los familiares del marqués, ¿verdad?

—Ahora que menciona usted a los Rodríguez de Rojas, usted sostiene en su libro que Juan Rodríguez de Rojas habría sido el mecenas para la fundación del convento pozano de San Bernardino. ¿No le parece que quizás hubiera podido jugar un papel su hijo Diego, cuya esposa estaba familiarmente muy vinculada a los ambientes de la reforma villarecciana?

—Esta es una cuestión sobre la que no sé más que los datos que consigno en el libro. Para la cuestión de San Bernardino quizás se conservara algo del archivo del primitivo convento en Madrid, en el Archivo Histórico Nacional, como ya os he comentado. Quizás os pudieran dar información los frailes de la propia orden.

—Ayer comentábamos entre nosotros sobre la primera edición, que hemos encontrado recientemente, de las obras completas de Andrea Navagero, el embajador veneciano que estuvo retenido en Poza...

—Sí, yo tengo el librito que se publicó traducido, en el que se dicen cosas muy sabrosas de Poza. Además del convento de San Bernardino menciona también el monasterio de Oña y habla de las truchas... Esos sitios como San Bernardino, o la Magdalena que hemos mencionado antes, lo que necesitan es que se afiancen para que no terminen de perderse.

—Bueno, le estamos agotando, una hora y media hablando de tantos temas...

—No sé qué más había por ahí. Ya os digo, para mí lo mejor que tiene el libro es un conjunto de cosas curiosas.

—Ahora que habla de curiosidades, ¿hay alguna leyenda en Poza con especial sabor? Hace poco recordábamos al moro Muza, del que habíamos oído siempre hablar en nuestra infancia pozana, y que resulta que existió de verdad, y que era uno de los caudillos moros que hacía razias por toda esta zona y atemorizaba a las poblaciones. ¡Siempre habíamos creído que era un personaje inventado en nuestra familia! También oíamos siempre

contar que en casa de nuestra abuela había en el sótano un pasadizo secreto que llegaba hasta el castillo.

—También ese sería un capítulo a estudiar, porque en otros lugares hay pasadizos de esos. En la Plaza Vieja parece ser que apareció en algún momento un túnel o pasadizo que podría tener relación con la casa fuerte y el castillo.

—Por cierto que cuando uno ve la casa fuerte de la que habla, la torre que se conserva del antiguo palacio de los Rojas, cuesta imaginar cómo podría ser la fortaleza porque en aquel terreno tan estrecho no parece que cupiera edificio alguno...

—Sí, así es. Pero probablemente fuera continuación de alguna forma del propio castillo. Allí está el que llaman Paseo de la Reina, y allí parece que había dos ermitas, la de San Juan Bautista y la de Santa Cecilia. La de San Juan Bautista aún conserva el nombre en aquello de los Pesebrillos de San Juan, que es como se conoce a la zona aquella donde parece que estuvo la ermita. La palabra de la gente sobre la historia suele ser poco segura, pero sí lo es el que conserven la memoria de los sitios donde estaban aquellos lugares a los que se refiere la historia. Por eso digo que siento enormemente que no se conserve lo que en su momento se llamaba así: San Tiuste, detrás de la Magdalena, donde estuvo ese pequeño priorato. Hay otro lugar por ahí que se llama San Bes de la Veguecilla. Ese no sabéis dónde está. Parece que había allí un pequeño poblado. Si vais por allí todavía se conservan restos. Es de aquellos tiempos en los que el alfoz de Poza estaba en su esplendor. Parece que en Pedrajas mismo hubo otro poblado. Y quizás por eso cuando se habla del señor de Poza y el marqués de Poza se le dice señor de Poza, de Pedrajas etc.

—¡Tantas cosas desaparecidas! Basta ver cómo en treinta años de abandono la naturaleza «se ha tragado» las salinas hasta hacerlas desaparecer por completo, hasta el punto de que parece que nunca hubieran existido, para imaginar lo que los siglos han podido hacer con otras cosas que hubiera podido haber en Poza en el pasado.

—Yo lo pienso, por ejemplo respecto a esos dólmenes y menhires del Páramo —algunos en el término municipal de Poza—, de los que hablo en mi libro, como el menhir de la Peña del Fraile. Que están expuestos

a que cualquier día llegue un desaprensivo, cargue con aquellas piedras y desaparezcan para siempre. Los señores del Gobierno tendrían que velar por esos vestigios de la historia y de la cultura. Os pongo también el ejemplo de la lobera, cuyas paredes, lo que falta de ellas, fueron usadas para echar escombro en una carretera por la que no pasa nadie. O para hacerse un chalet un señorito de las cercanías...

—*Eso se ha debido hacer mucho en Poza, utilizar materiales preexistentes para la construcción de obras nuevas...*

—Y por eso digo que en toda la cuenca salinera de Poza probablemente hubiera monumentos megalíticos, fueran dólmenes, menhires o de otro tipo, pero como luego la industria o actividad salinera demandaba tanta piedra para nivelar las terrazas y todo eso, se fue devorando todo aquello.



Ejemplo manifiesto de reutilización en una casa de Poza de la Sal de piedras procedentes de algún otro edificio más antiguo.

—*Por cierto, mencionábamos entre nosotros al venir hacia aquí que el nombre Poza de la Sal es reciente. ¿Sabe usted exactamente cuándo pasa a ser el nombre de Poza? Porque fue hace poco, quizás en el siglo XVIII o más recientemente...*

—Pues no os puedo decir exactamente, pero quizás incluso más tarde. A mí el aditamento me parece feo.

—*¿Y lo de Salionca y el debate sobre si Poza era o no la ciudad romana de Flavia Augusta?*

— Lo de Salionca a mí me parece que guarda relación con lugar de sal. Solo que si se trata de Flavia Augusta, ya después de romanizada, es cosa que los historiadores discuten. Parece que por halagar no sé si a la hija del emperador o alguien así se puso ese nombre. Pero yo en eso ni quito ni pongo, pues es cosa de historiadores que lo digan.

En la historia de Poza hay cosas curiosas en los documentos. Por ejemplo en cierto momento que se trata de buscar maderas para la iglesia dice ¿y comprarlas, dónde? —por ejemplo vigas de 12 metros que tenían que tener para cubrir holgadamente todo aquello— se dice que en el lugar de Porquera. Pero se les pone condiciones que debían cumplir los que tenían que traerlas: que las corten «en la menguante de enero, en día sereno y claro». Esto es parte de la sabiduría del pueblo: en la menguante de enero, en día sereno y claro...

— *Esto nos recuerda algo que escuchábamos recientemente sobre las cerezas, tan abundantes en Poza y las Caderechas. Su longevidad una vez cortadas al parecer varía si se recogen en un día lluvioso o en día de sol. Dependiendo de ello las cerezas cortadas se conservan más o menos tiempo y tienen mejor o peor lustre. La obra de la iglesia se hizo cuando era usted párroco. ¿Cómo surgió aquello? Se quitó el revestimiento de yeso de paredes y techos, y aquella pintura azul claro con estrellitas que recordamos haber visto cuando éramos niños.*

—Al terminar la primera parte, hasta el nivel de bóvedas, en el espacio que queda entre eso y el alero del tejado, había unas paredes simples que eran de entramado de madera y yeso. Eso empezó a agrietarse. Un día nos pegamos un susto al caer varios trozos a la Plaza Vieja. Parecía que aquello requería arreglarse y hacer una obra más seria. Hubo pues que meterse y ya, aprovechando, pues se hizo todo.

La primera parte lo pagó la parroquia con fondos que yo le saqué al Ministerio de la Vivienda cuando estaba de ministro Pío Cabanillas, que me mandó algún donativo también, porque sabéis que Pío Cabanillas por parte de su suegra es de Poza. Una Merino fue profesora en Orense

algún tiempo y con una hija de esos Merino se casó Pío Cabanillas. Algunas veces a las tías de él, que eran dueñas de la casa de la esquina de la plaza —la que compró luego José Luis— pues las vi para esto.

Luego ciertos desguaces se aprovecharon también para ello.

—*¿Y salió alguna cosa interesante al hacer las obras?*

No. Pero los chicos que estaban allí trabajando y que veían esas losas que pensaban que eran sepulturas de caballeros con armaduras y espuelas de oro, a veces, en cuanto nos dábamos la vuelta, tiraban de ellas para levantarlas y a veces se rompián.

—*¿Hay enterramientos en la iglesia?*

—Sí, era el antiguo cementerio! Si vas al libro parroquial de Defunciones, ves muchas inscripciones que dicen: «Di sepultura en la iglesia parroquial de esta villa».

—*¿Los enterramientos estaban en los sótanos?*

—Te das cuenta de que hay unas losas, que suelen ser tres: la cabeza, la de los pies y la del centro, que tiene una ranura donde metían una llave —que todavía se conservará entre los restos del pequeño museo parroquial— y salía. Luego, cuando había que repetir el enterramiento, se echaba cal viva o así.

—*O sea que en el suelo están todos los enterramientos...?*

—Y no sólo eso. Como antes había sepulturas aquí de los familiares de tal, allí de los de cual y así, normalmente se ponía un hachero de forma que sabían dónde estaban enterrados sus antepasados.

—*Y eso ocurrió hasta finales del siglo XIX?*

—En tiempos de Fernando VII se mandó que se hicieran cementerios a las afueras de las villas y en lugares que estuvieran, diríamos, a favor de viento, por razones sanitarias.

Cuando hacen la puerta segunda de la iglesia, que estuvo en la parte donde está ahora el órgano, una de las razones que dieron era para facilitar el acceso y salida del público en grandes aglomeraciones y «para facilitar la ventilación por los gases pútridos que sacan las sepulturas».

—*¿Ha conocido usted algún otro cementerio en Poza aparte del actual?*

—Nada más que el actual. Aunque hubo otro cementerio donde se hicieron las escuelas, que sería más antiguo que el actual. Pero ya digo, hasta el siglo XIX los enterramientos se hacían en las iglesias y cuando no cabían en las iglesias, pues en las ermitas. El capellán de la ermita del Cristo en una ocasión protestó de que «se le iban llevando demasiados muertos cuando hay otras ermitas por aquí que todavía no se les ha tocado», porque sobre todo en las pestes debía de ser tremendo. Ese es uno de los asuntos que cuento en el libro, que cuando oían que llegaba la peste, que ya había casos en Barcelona o lo que fuera, y veían las medidas a tomar, se escribe sobre tal persona que vive en el «barrio», por ejemplo —estamos en el siglo XV o XVI, y cuando se habla del «barrio» se están refiriendo a lo de arriba—, le dicen que no puede enterrar aquí, que se vaya a tal sitio que hay unas cabañas...



Ermita del Cristo, en la que también se realizaban enterramientos.

—*Cuando usted llegó a Poza, ¿cómo se familiarizó con las tradiciones religiosas del pueblo? ¿Se las transmitió el párroco anterior?*

—Es el pueblo mismo quien lo hace, quien conserva esas tradiciones fundamentales que todavía tienen que estar presentes en la pastoral moderna. Y cuando hay sacristán, pues el sacristán mismo te lo explica. Aquí en Poza estaba Zenón, al que no sé si recordáis, que hacía todo con gran fe.

—*La historia de Poza es una historia rica, variada y con episodios llenos de sabor anecdótico...*

—Sí, algunos los recogí en forma de notas que pueden pasar desapercibidas o que al final no aparecieron en la edición final. El libro lo iba a publicar primero la Caja de Burgos y me pedía que eliminara algunas fotos y notas, y al final no han salido tampoco en la edición que se hizo. Algún episodio era un poco macabro, como aquel de un hombre de Poza que quiso adueñarse del dinero de otro y le mató, huyendo después hasta caer en las manos del Justicia del Virrey de Aragón. Le condenaron a morir «ahorcado y descuartizado». Pero entonces el Ayuntamiento de Poza toma el acuerdo de dar poderes a un procurador para que se presente ante la Audiencia o Virrey de Aragón y pida «la cabeza o un cuarto del reo, porque es aquí donde cometió el delito, para exponerlo a público escarmiento». Pero vamos, esto existía en todos los sitios, lo que pasa es que en Poza han sabido dar cuenta de ello.

Había también otras cosas, como una nota de Longa —del que vosotros habéis tratado mucho en vuestro libro sobre *El Combate de Poza*—, que tenía en Moneo el cuartel de su guerrilla, que se llamaba la División de Iberia, para que se le mande la sal o los réditos que iban a la Real Hacienda.

Ya digo, sería interesante si se pudiera ver el archivo de los Rojas y ver si hay allí algo. Porque para mí construir unas murallas en una población es algo que da mucho juego y han tenido que ocurrir muchas cosas. Incluso creo que todavía hay alguien por esos mundos que encarna el título de marqués de Poza...

Vuestra familia pienso que también es capítulo a incluir en la historia de Poza. En el libro incluí a vuestro abuelo Antonio y recuerdo que los datos me los dio vuestra abuela.

—*Sí, nuestra familia, que procede originariamente de la zona del Duranguesado, en las lindes entre Vizcaya y Guipúzcoa, se asentó en Poza a mediados del siglo XIX y allí nacieron y vivieron varias generaciones de nuestros antepasados. El primero de los nacidos ya en Poza fue Pedro Urcelay, que ejerció en el pueblo de médico antes de hacerlo en Madrid. Su hermano y bisabuelo nuestro, Antonio Urcelay García, fue al parecer alcalde de Poza durante los años de Primo de Rivera. Este hecho tendríamos*

que comprobarlo en el archivo municipal. Aparte de destacado propietario de la Comunidad de Herederos de las Salinas, fundó la central hidroeléctrica que se llamó El Porvenir de Poza, que fue una de las «fábricas de luz» pioneras en el norte de España. Estaba en la zona de los Molinos.

Nuestro abuelo, Constancio Antonio Urcelay Martínez, fue médico militar. Participó en la guerra de Marruecos y en la Guerra Civil, obteniendo diversas distinciones. Después estuvo destinado en la entonces recién creada Escuela Automovilística del Ejército y formó el primer Gabinete Psicotécnico de las Fuerzas Armadas. Todos ellos nacieron en Poza y allí están enterrados.

Nuestro padre, que también se llama Antonio, felizmente vive aún y cumplirá pronto los noventa años. A lo largo de su dilatada y fecunda vida en la Armada fue Ayudante de Campo del Jefe del Estado, Comandante del Portahelicópteros Dédalo —que era entonces buque insignia de la flota—, Almirante Jefe de la Jurisdicción Central etc. Ha llevado siempre a Poza en su corazón como el que más, a pesar de que nació ya en Madrid, como también nosotros.



Antonio Urcelay García y su familia en una sobremesa pozana en torno a 1920.

Así llegó nuestra entrevista a su fin. Tras casi dos horas de conversación, en la que don Feliciano no falló en un nombre, no confundió un dato, no dudó al ordenar ninguno de sus recuerdos, haciendo gala de

una memoria envidiable y de una lucidez que le deseamos continúe aún durante muchos años.

Al acabar temíamos haberle llevado físicamente al borde de sus fuerzas, haberle agotado obligándole a hablar casi ininterrumpidamente. Pero teníamos la sensación de que hubiera podido seguir, de que hasta lo hubiera deseado. En sus ojos se podía ver la pasión enardecida de quien habla de cosas de las que se sabe; o mejor aún, de cosas a las que se ama.

Por eso le estamos agradecidos, porque gracias a él todos los que vienen en Poza o la visitan pueden aprender a contemplarla con otros ojos, a través de su historia, de sus costumbres, de sus tradiciones. A mirarla con conocimiento de lo que esta Poza a la que Ortega llamó «relicario de Castilla» significó en su rico pasado.

Y ya se sabe que «saber mirar, es saber amar».